

BIBLIOGRAFIA

JORNADA DE ORMAQUA Y DORADO (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras) por Francisco Vázquez. Espasa-Calpe, S. A. Colección Austral. Buenos Aires. 1944.

La Casa "Espasa-Calpe" argentina nos ha brindado la oportunidad de releer este apasionante relato del bachiller Francisco Vázquez, tan traído y llevado por los historiadores de la desgraciada aventura del Dorado. A nosotros, Amigos del País y de sus hombres, nos deja su lectura un sedimento de amargura, porque es la acusación más grave que se ha hecho a un gipuzcoano. Mas la historia hay que aceptarla como es y no podemos caer en la ingenuidad pueblerina —pese a Segundo de Ispizua— de querer defender lo que no tiene defensa. Nos duela o no —y nos duele—, Lope de Aguirre fué un desgraciado, sin sentido de humanidad al que sólo los psícoratas podrán justificar, en todo caso, por irresponsabilidad mental de sus actos.

El relato a que nos referimos es agriamente severo con nuestro paisano: sin duda, el más duro de los muchos que ha provocado su monstruosa locura. Su autor lo acompañó en la sangrienta empresa de los "marañones", vivió durante meses el espanto de su tiranía, presencié el horror de sus crímenes y, al saberse libre de él, encendió su acusación con visible y sañuda hostilidad. No es que pretendamos defender al desgraciado hijo de Oñate, pero creemos que la exposición de Vázquez, aun siendo ciertos los hechos que refiere, es desgarradamente apasionada. Castigado por Dios, encerrada su cabeza en una jaula y colgadas sus manos pecadoras en las picotas públicas, el recuerdo de Lope de Aguirre el loco merecía un poco de piedad de los hombres de mediana sensibilidad. Y Vázquez no la tiene. Recarga su acusación con los tonos más sombríos: la semblanza que hace de él, al final del relato, es tenebrosa. Le niega todas las virtudes y es inexacto porque alguna virtud, tenía. Su evidente demencia lo iluminó, a veces, con resplandores insospechados. Y esto no se puede silenciar aunque el bachiller quiera ocultarlo. Sería ladino y astuto pero ¿se le podrá negar una rabiosa sinceridad aunque parezca y lo sea paradójico?; ¿es que no tuvo una visión política?; ¿acaso hubo alguno en la expedición con más condiciones de gobierno y mando?; y ¿quién escribía como él, el castellano, aunque Vázquez diga que era "hombre sin letras"? Sus cartas, aparte la crudeza del contenido, son por la flexibilidad y corrección de la frase, por la gracia del vocablo y la elegancia de la imagen, auténticas páginas de antología.

El Señor y los hombres de su tiempo, ya le dieron el castigo que merecía su conducta, pero quizá la historia no ha hecho la debida justicia a sus raros por lo desconcertantes, pero indiscutibles talentos.

M. C-G.



José de Arteche. **MI GUIPUZCOA**. Editorial Joharopena. Zarauz.

Se ha atribuido a Arteche el propósito de imitar la "manera" de Azorín, haciendo que "Los Pueblos", de Martínez Ruiz, tengan un trasunto en "Mi Guipúzcoa" del laureado autor de "Urdaneta". Realmente, la existencia de ese propósito es notoria e incluso aparece confesada al escudarse la compilación de esbozos guipuzcoanos bajo un lema azoriniano. Pero ha de tenerse muy en cuenta que imitación no es vasallaje y que Arteche, por la hondura de su pensamiento que hiende en la frase, sabe mantener con mucho decoro su personalidad.

Pero el autor oculta pudorosamente un pecado: el pecado de ser pintor. Claro está que esa conciencia de pecado sólo la llegan a tener los mismos que se creen reos del delito, es decir, los que sienten el pudor de ser artistas incompletos, lo cual les lleva a ejercerlas clandestinamente actividades que para ellos son inconfesables. Ocorre, sin embargo, que el "delincuente" resulta traicionado por su conciencia. Y el pecado aflora a la superficie en todo lo que su autor brinda al público. Así, pues, los esbozos guipuzcoanos de Arteche vienen a ser pinceladas impresionistas de pintor vergonzante.

Pinta literariamente con gallardía. El lienzo se lo dan preparado Madoz, Humboldt, Dembowski, Gautier, Hugo, Madrazo, Mafé y Flaquer y algún otro. Pero sobre el lienzo pone él, sólo él, la pintura. Si el símil no resultase inadecuado por su infantilismo, se diría que esos viajeros por tierra guipuzcoana han tejido el cañamazo y que Arteche ha urdido sobre el fondo así preparado y por entrecruce de hilos de color caliente, la trama armoniosa de sus esbozos. Un aire de sutil ironía se advierte en la deliberada y maliciosa contraposición de las impresiones de Hugo y Dembowski en orden a la popularidad de Lezo. En el careo de textos contradictorios, el de Dembowski le ronda los zancajos al de Hugo. Este sale con las costillas molidas. Pero Arteche no ha esgrimido la estaca: la ha puesto sencillamente en manos del italiano injerto en polaco, y después ha tomado asiento de espectador regocijado.

Algunos capítulos hay que están en el libro en postura incómoda: los dedicados a la exaltación de Ancheta. Son impecables, rebosan erudición y ahincado estudio; pero, por eso mismo, no guardan armonía con los esbozos de acuarela que son los restantes cuadros. Algún día, aunque hoy esté lejos de proponérselo, Arteche estudiará a su idolatrado Ancheta en un libro más o menos espeso, pero dedicado todo él al portentoso escultor azpettiano.

Yo sé cómo trabaja Arteche. Sé cómo se documenta, aunque luego ponga especial cuidado en diluir la erudición adquirida en forma deliberadamente poco técnica, ya que para él el exceso de técnica se traduce en defecto de literatura. Por eso quiero adelantarme al juicio equivocado de algún avisado lector que frunza el ceño cuando advierta que, para Arteche, Isasti ha utilizado confesadamente un texto de Henao. Eso, señor mío, no es un error formal del autor que sabe muy bien que la cronología desautoriza ese sentido de la cadena de transmisión. Eso no es más que una errata material que ha hecho aparecer a Isasti en el puesto de su anotador Floranes.

El biógrafo afortunado de San Ignacio, de Elcano y de Urdaneta ha merecido bien, una vez más, de su Guipúzcoa, que es también la nuestra. Váyale un aplauso fervoroso de quien se le siente unido en comunión guipuzcoana.

HISTORIA, CIENCIA Y CODIGO DEL JUEGO DE LA PELOTA, por Luis Bombin Fernández, secretario técnico de la Federación Española de la Pelota. Ediciones deportivas Lauro, Barcelona. 1946.

Al autor no se le ha escapado la dimensión del título de su obra y lo justifica, con ironía, en el prólogo. Hace bien, pues, por mucha que sea su capacidad de trabajo y buena, su voluntad, habría de resultarle muy difícil escribir un libro que no defraudara al crédito de rótulo semejante. La historia de la pelota está por hacer; el libro de Blazy, tan jugoso y ameno, no es más que una de esas "petite histoire" a que tan aficionados son los franceses; los trabajos de Izturta, Peña y Gofí e Irigoyen, aún llenos de sabor y colorido, no aportan mucho a la investigación de los orígenes y desarrollo de nuestro juego. Y, sin otras apoyaturas impresas ni material manuscrito en los archivos, sería ardua empresa cumplir un propósito tan ambicioso como el del título que nos ocupa.

Pero título aparte, el Sr. Bombin ha hecho una labor digna de la mejor estima. Por lo pronto ha recogido, con singular acierto, los nombres de los jugadores más famosos de la segunda mitad del pasado Siglo y comienzos del presente, así como de los contemporáneos retirados y en activo y ha hecho, de cada uno de ellos, su pequeña biografía que ha ilustrado, casi todas, con sus correspondientes retratos, particularidades personales, características de juego y anécdotas, de indudable interés. El catálogo podrá no ser completo, indiscutiblemente no lo es y así lo reconoce con honrada sinceridad su autor, pero es muy abundante y expresivo. Y esto ya constituye mérito bastante para no regatear elogios al autor.

En la segunda parte del libro, que titula "Técnica y ciencia de la pelota" se nota demasiado la influencia de Blazy, hasta el extremo de que pueda ser considerada como una traducción del Capítulo tercero de "La pelote basque" con algunas adiciones nacionales; lo malo es que no haya podido traducir los nombres de algunas de las variedades de juego pero es que quizá no se han practicado nunca en esta vertiente del Pirineo. Por lo menos Gorosábel no las menciona, pues su referencia se limita a los de largo, rebote, blé y trinquete lo que nos hace sospechar que, en su tiempo no se conocían otros, en Guipúzcoa al menos, pues sí no los hubiera referido.

El libro es nutrido, denso y su aportación, interesantísima. Forzosamente habrá que consultarlo cuando se quiera buscar algo sobre la pelota. Que no es poco.

M. C-G.

